

HARO TEGLEN

LOS LENGUAJES DE NIXON

Aceptemos el viaje de Nixon por Europa como un lenguaje. Esto es, como un conjunto de signos de diversa índole —palabras, gestos, símbolos, itinerario, duración— con el que quiere decir algo. Está haciendo señales para hacerse comprender, que es una de las tareas más difíciles del mundo moderno. La política internacional, hoy, está llena de señales, que no siempre se traducen en palabras, o que, más grave aún, se acompañan de palabras que no corresponden a esas señales. Por ejemplo, la decisión de Alemania Federal de celebrar las elecciones presidenciales en Berlín-Oeste. Teóricamente, los federales podrían haber celebrado sus elecciones en Bonn o en Francfort. Al convocarlas en Berlín-Oeste no se refieren nunca a la reivindicación de esa parte de ciudad como capital, porque la propia legalidad occidental, el estatuto de Berlín, se lo impide. Pero están significando que no renuncian a ella. ¿A quién dirigen esa señal? Teóricamente, a la Alemania Democrática o, más allá de ella, a la Unión Soviética, puesto que no aceptan la existencia real de esa Alemania y la suponen una imagen segregada de la URSS, al mismo tiempo que saben que no es enteramente así, de la misma forma que la URSS muestra que Alemania Federal es una imagen creada por Estados Unidos y sabe que no es sólo eso, sino una entidad real. ¿Es ésta la dirección real de los signos de Alemania del Oeste? No, va más lejos. Esta forma de lenguaje se dirige a los Estados Unidos y le advierte que sabe o que sospecha que, en una negociación futura con la URSS, los Estados Unidos podrían negociar con Alemania, negociar con Berlín-Oeste, y advierte así que no estaría dispuesta a tolerarlo. Nixon tiene que responder a ese signo con otro no menos complejo. Tiene que acudir a Berlín y proclamarse a sí mismo «símbolo», tiene que aceptar el juego visible de Alemania Federal —que teóricamente ha actuado sobre la amistad y la solidaridad de los Estados Unidos, cuando en realidad está emitiendo para ellos una amenaza— y, al mismo tiempo, emitir otros signos. Sus gestos en Berlín significan la aceptación de ese juego. Sus palabras van por otro camino. Si, dice Nixon, la presencia de un Presidente americano en Berlín, tras la reciente visita de un primer ministro británico, es un género de símbolo. «Es una manera de proclamar, como indiscutibles, los compromisos tomados hace tiempo hacia el pueblo de Berlín-Oeste». Y repite más adelante que las potencias occidentales están dispuestas a defender su «legítimo estatuto de protectoras del pueblo de la ciudad libre de Berlín». ¿Ciudad libre de Berlín? ¿Pueblo de Berlín-Oeste? ¿No están estas fórmulas más cerca de las propuestas por la URSS —el Plan de Kruschchev— que de la decisión alemana federal de celebrar allí sus elecciones presidenciales, de las cuales Nixon no ha pronunciado una sola palabra? Más allá profundiza al advertir que, si bien rechaza «toda modificación unilateral del "statu quo" de Berlín», ello no quiere decir «que consideremos satisfactorio el "statu quo"». Muy lejos de ello. Y que la forma de poner fin a la división de la ciudad, «del país y de este continente» es «mediante la negociación entre los Gobiernos y por la conciliación de los hombres».

En el juego político semántico está, evidentemente, que de las palabras y de los actos de Nixon se aproveche, por parte de Alemania Federal, lo que es favorable a sus intereses y a sus intenciones. Ocurre lo mismo con la OTAN. Fue la primera etapa de Nixon, y los comentarios de los «otantistas» convencidos, como Manlio Brosio, se ha aceptado que la visita y el discurso significan un reforzamiento de la Organización. Puede que lo sea o que llegue a serlo, pero, teóricamente, los términos en que se ha expresado el Presidente de los Estados Unidos son notablemente contradictorios. Ocurre que la OTAN es una organización militar nacida como consecuencia de un enfrentamiento entre lo que se llamó al mundo de occidente y la Unión Soviética, y ocurre que Nixon, en Bruselas, ha advertido que «estamos en el término de un período de confrontación» y que «entramos en un período de negociación». Si en las últimas reuniones de la OTAN se ha tratado del problema de Checoslovaquia y de la presencia soviética en el Mediterráneo, si ello ha servido para que los «duros» de la organiza-

ción requiriesen un mayor esfuerzo de armamentos y de solidaridad militar, Nixon no ha pronunciado una sola palabra acerca de esos problemas. Más allá, Nixon ha advertido que su país va a iniciar una serie de amplias negociaciones con la Unión Soviética y que algunos de los puntos tratados podrán afectar a los países de la alianza europea. Ha prometido que nada se hará sin consultarlos. Es en este párrafo de las consultas donde los «otantistas» ven la señal de refuerzo. Pero la filosofía de la Organización se refiere que todos los temas son asuntos de todos, y no solamente los que afecten directamente a los estados integrantes, y contiene también la noción de que no se trata de consultas, sino de declaraciones comunes, y que la negociación con la URSS es asunto de todos y no unilateral. El párrafo de Nixon es importante. «Los Estados Unidos están determinados a escuchar con nueva atención a sus compañeros de la OTAN, no sólo porque tienen el derecho de ser oídos, sino porque necesitamos sus ideas». ¿Se convertiría así la OTAN en un organismo consultivo de los Estados Unidos? ¿En una reunión de personas representativas de países que tienen como derecho solamente el de «ser escuchados», y cuyas ideas pueden ser aprovechadas o pueden no serlo? Ciertamente, la Europa querellante en torno al tema de la UEO, a la profunda división entre Francia y Gran Bretaña, a los problemas del Mercado Común y los intentos hegemónicos de Alemania Federal, a las crisis monetarias y a las crisis sociales, no parece que pueda hoy representar mayor papel. La estatura de Nixon ha crecido insospechada e inesperadamente con ese panorama de fondo.

Por todos los signos visibles, el lenguaje que supone este viaje de Nixon a Europa está dirigido a sus compañeros de alianza, al grupo de occidente. Su voz tiene un alcance mayor. Nixon está hablando a la Unión Soviética, que, a su vez, emplea palabras y emplea signos para hacerse comprender de los Estados Unidos. Cuando Nixon insiste en hablar de la «era de negociación», ¿de qué negociación está hablando? Pura y simplemente, de la negociación de los Estados Unidos con la URSS. No parece que ni una sola de sus palabras pueda haber sido escuchada con disgusto en Moscú. Si el Presidente de los Estados Unidos afirma taxativamente que ha terminado la era de la confrontación, no podemos olvidar que esa confrontación ha sido, durante el último cuarto de siglo, la del mundo comunista y el mundo capitalista, que de esa confrontación nació la UEO, que da ahora gritos agónicos, y la OTAN, y que si esa confrontación termina y comienzan a funcionar los instrumentos de negociación, la OTAN no tendría necesidad de seguir existiendo, y en su lugar cobraría vigor el organismo mundial encargado de la negociación, que es la ONU. Pero, a su vez, el papel de la ONU queda disminuido por la negociación directa. Una interpretación del lenguaje de Nixon en Europa es la de mostrar a la URSS que está tomando más medidas pertinentes en Europa para que no haya obstáculos occidentales a esa negociación directa.

Por una parte, ese tipo de negociación es realista. Son, a fin de cuentas, las dos naciones que concentran el mayor poder del mundo. Por otra parte, es notablemente repugnante. Ciertamente, si cada uno de los dos países directores son capaces de arrastrar a sus seguidores en una guerra del uno contra el otro, es mucho más aceptable que sean capaces de arrastrarles a una situación de paz mutua. El problema está en cómo no dejarse arrastrar ni a la paz ni a la guerra, el problema está en que las negociaciones no se hagan a costa de nadie. La intervención de la URSS en Checoslovaquia ha parecido mostrar —es un signo, y un signo dirigido a los Estados Unidos y a los países europeos— que no está dispuesta a permitir divisiones en su grupo. Otras intervenciones visibles o invisibles, directas o indirectas, de los Estados Unidos han tenido la misma finalidad. El clima nacionalista que ha preocupado a Nixon en Europa no es muy diferente del clima nacionalista que preocupó a los soviéticos en Checoslovaquia y en otros países de democracia popular. Ese clima nacionalista es, en resumen, una forma de expresar la aversión que puede producir verse incluido en un mundo donde la dirección es de otro y donde los intereses son los de otros.